

**“Mis ovejas oyen mi voz... y Yo les doy vida terna”**  
**(Jn. 10:27-28)**

Hohenau

Sal. 23; Hch. 20:17-35; Ap. 7:9-17; Jn. 10:22-30.

### Introducción

Es invierno. Es el año 29 d.C. Jesús está en Jerusalén, en la fiesta de la Dedicación. Esta fiesta, los judíos la celebran hoy día todavía. Se llama fiesta de “Hanukká”, es decir, fiesta de las Luces. Prácticamente, es una fiesta judía que coincide con el año nuevo. ¿Qué se celebraba en la fiesta de la Dedicación, que en hebreo es Hanukká? “Celebraba la rededicación del templo en 164 aC., después de la profanación por el rey seléucida Antíoco IV Epifanes. La festividad era muy alegre” (*Biblia de la Reforma*, p. 1790). Es decir, unos 300 años antes de Cristo los griegos habían ocupado el territorio de Israel, hasta que los judíos con el tiempo pudieron expulsarlos nuevamente, y volvieron a consagrar a Dios el Templo de Jerusalén, que había sido usado por los griegos para sacrificios a sus dioses. Era una fiesta donde se celebraba una especie de “reforma” que había sucedido en Israel, antes de tiempo de Jesús. Nuestro Señor fue a esa fiesta también. Hace frío, por eso busca refugio entre las columnas del templo, donde estaba el pórtico llamado “de Salomón”. Ahí surge una discusión entre los judíos y él, sobre si es o no el Mesías, el Hijo de Dios.

#### A. Jesús: “No sois de mis ovejas”

Poco antes, Jesús había dicho: “Yo soy el Buen Pastor; el Buen Pastor da su vida por las ovejas” (Jn. 10:11). También les había dicho a los judíos: “Yo soy la Puerta de las ovejas” (Jn. 10:7). Pero en sus oídos y corazones no penetraban las palabras de Cristo. Ellos querían oír otra cosa de Jesús. Inclusive muchos de ellos llegaban a decir que este Jesús estaba endemoniado: “Muchos de ellos decían: demonio tiene, y está fuera de sí: ¿por qué le oís?” (Jn. 10:19).

Jesús va caminando por el templo, en un costado bordeado de columnas, llamado el “pórtico de Salomón”. Hace frío y se refugia en ese lugar. También es el lugar donde los fariseos se reunían para enseñar a sus seguidores. Entonces vemos a Jesús en una actitud de maestro, de pastor que quiere y desea buscar a quien no entiende de su persona. Está en una posición de diálogo, de apertura hacia los que lo rechazan. Jesús no tiene problemas en hablar con aquellos que lo rechazan. En ese lugar entonces aparecen los judíos, le rodean, y le preguntan: “¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (Jn. 10:24).

Jesús espera este tipo de preguntas. Él mismo se colocó en ese lugar en posición de espera, hasta que llegara esta gente a preguntarle. La verdad, le hacen una pregunta a Jesús que él ya había contestado claramente: “Yo soy el Buen Pastor”. Esta afirmación, lo coloca a él como el Mesías esperado, como el Salvador de Israel. Lo que no habían aceptado los judíos, es que Cristo dijera que “el Buen Pastor da su vida por las ovejas”. Es algo que ellos no esperaban oír del Mesías. Esperaban que Jesús dijera: “Yo soy el Buen Pastor de Israel: Ahora expulsaré a los romanos con el poder y la gloria de mi mano”. El Mesías glorioso es lo que los judíos esperaban, y siguen esperando. Pero esta clase de Mesías no salva a nadie del pecado, del infierno, y del poder del diablo. En cambio, es el Buen Pastor que entrega su vida por las ovejas en la cruz, quien nos salva, y quien por su resurrección nos logra la justicia que vale ante Dios: la sola fe en Jesús.

Por eso, Jesús a continuación les dice: “Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho” (Jn. 10:25-26). Esta es una afirmación en verdad terrible que sale de la boca de Jesús. Es una palabra que emite juicio y condenación. La verdad es que los judíos, al rechazar a Cristo como el Pastor que muere en lugar de las ovejas, habían rechazado la única manera posible de salvación: el sacrificio expiatorio de Jesucristo en la cruz. Al rechazar a este

Buen Pastor, ellos mismos se habían excluido de la salvación, ellos mismos rechazan ser parte del rebaño del Buen Pastor, que es la iglesia cristiana.

No hay nada más terrible, que escuchar de la boca del propio Jesús, que él diga: “Os lo he dicho, y no creéis... Vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas” (Jn. 10:25, 26). Esta sentencia de Jesús no hace otra cosa que afirmar lo siguiente: Al querer un Mesías diferente del que muestran las Sagradas Escrituras, ustedes mismos rechazan a su Salvador, que murió por ustedes. Porque ustedes no buscan un Mesías que les salve de sus pecados, no obtendrán tampoco el perdón de sus pecados. Lo único que les queda es el juicio eterno en el infierno. Al rechazar a Cristo como el Mesías sufriente, como el Buen Pastor que dio su vida por el mundo entero, una persona ya no tiene oportunidad de salvación. La Palabra de Dios llegó a sus oídos, ciertamente ha oído las Escrituras que testifican de que el hombre merece el castigo por sus pecados, y también ha escuchado el dulce evangelio del perdón en Cristo. Pero como esta persona no desea a este Salvador, sino que se imagina a uno conforme a sus propios deseos y necesidades humanas (que le dé salud, pan, trabajo, milagros de sanidades, etc.), y no busca ni desea la gracia misericordiosa del perdón de sus pecados, ella misma se pone afuera de la salvación. Se pierde por su propia culpa, no por el deseo de Dios. Se pierde por la falta de fe, por haber resistido una y otra vez al Espíritu Santo que le habla a través de la Palabra de la Escritura. Al final, terminan no siendo parte de las ovejas de Jesús, aunque por fuera lo parezcan. El día del juicio final, el Señor Jesucristo confirmará esta dura realidad, al decirles: “Vosotros no sois de mis ovejas”.

#### B. Jesús: “Mis ovejas oyen mi voz”

A continuación, Cristo les dice: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn. 10:27-28). Jesús habla de aquellas personas que oyen la Palabra de Dios, la meditan y la creen. Eso es seguir a Jesús, el Buen Pastor: confiar de corazón en su Palabra, abrir el oído, la mente y el corazón, y que esta Palabra nos convierta en personas nuevas. Seguir al Buen Pastor Jesús, es atender su Palabra y vivir en coherencia con ella. Es dejarse guiar de la mano de Jesús. Como dice el Salmo 23: “Me guiará por sendas de justicia” (v. 3). Es recibir el alimento sano de la buena doctrina: “En lugares de delicados pastos me hará descansar” (v. 2). Es ser bautizado en el nombre del Dios uno y trino y recibir el consuelo de la salvación gratuita en Cristo: “Junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma” (vv. 2b-3a). Es recibir con humildad y acción de gracias su Santa Cena: “Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores... mi copa está rebosando” (v. 5). Es saberse amado por Dios y protegido por Él, porque Cristo ha pagado por todos mis pecados, y me ha prometido que estaré con Él para siempre en el cielo: “Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Señor moraré por largos días” (v. 6).

#### C. Jesús: “Yo les doy vida eterna”

Jesús dice también a sus ovejas: “Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn. 10:28). Esta alegría celestial está descrita en el libro de Apocalipsis con las siguientes palabras: “Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios” (Ap. 7:9-11). Esta alegría de sabernos rescatados por Jesús, de ser sus ovejas y miembros de su rebaño, la santa iglesia: es lo que nos lleva a cantar junto con nuestros hermanos en la fe que están en el cielo y con los ángeles: “Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (Is. 6:3). Durante el culto semanal, los cristianos, las ovejas de Cristo,

somos alimentados por el Buen Pastor con su Palabra y Sacramento, y de esta manera recibimos de él continuamente perdón de los pecados y vida eterna. Esta palabra y sacramento es lo que santifica nuestra vida, y nos lleva a vivir una vida nueva aquí en la tierra, una vida santa y digna de llevar el nombre de “cristianos”, aunque por el bautismo y la fe ya somos ciudadanos del reino de los cielos. Nuestra vida, es ahora de Cristo, no nos pertenece. Estamos en su manos, bondadosas y llenas de gracia y misericordia. Y lo que ahora vivimos como ovejas de Él, como dice san Pablo, “Y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gl. 2:20). Amén.